

ascendencia popular que el carlismo tuvo en otras latitudes —quizá una de las causas de su actual carácter democrático— únicamente en razón de la cuestión foral? Así al menos lo cree Olcina, y Barreiro Fernández, sin rechazar por principio la hipótesis, considera que la cuestión foral es posterior al apoyo popular en el carlismo no gallego. En este sentido, quizá sea significativo reseñar que, frente a un pretendido carácter renovador o reformista que el precedente realista pudiera tener fuera de Galicia —tesis sostenida por Suárez Verdaguer—, el carlismo gallego es regresivo al igual que sus antecedentes, y sus pretensiones pasan por la reinstauración del Antiguo Régimen.

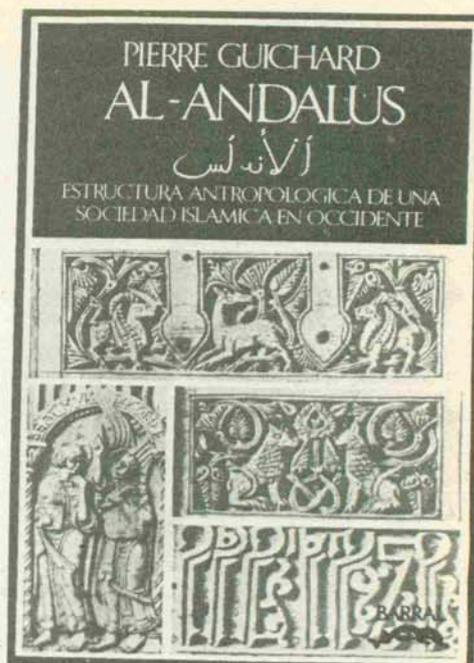
Indudablemente, uno de los puntos más conflictivos del estudio de Barreiro Fernández es el que se refiere a la postura regionalista dentro del carlismo. El autor no entronca satisfactoriamente el planteamiento regionalista de un Vázquez de Mella o un Brañas —que Barreiro reivindica para la Causa— en el ideario carlista; no establece, en definitiva, una relación dialéctica entre la «cuestión nacional» y los intereses ideológicos del carlismo. Solamente algunas alusiones desperdigadas apuntan hacia la posible contradicción entre un Estado semiliberal y la hegemonía, en Galicia, de las fuerzas tradicionalistas. Una vez más, es necesario recalcar, recordando a Solé Turrá, el carácter dinámico de los nacionalismos y la consideración de las fuerzas sociopolíticas como agentes constructores de la realidad nacional, no mera coincidencia o reflejo pasivo de peculiaridades inmutables o perennes (2). Obsérvese, por ejemplo, la diferente utilización de uno de los principales atributos de la nacionalidad —la lengua— en el autor carlista del «Diálogo entre Goriño Antelo, Farruco Allende y Antón Terele» y en el furibundo anticarlista y liberal Curros Enríquez. Partiendo de postulados distintos, ofreciendo contradictorias soluciones, únicamente coinciden en la necesidad de apelar al campesinado en su lengua, buscando su apoyo para la realización de sus programas respectivos. Detallada y minuciosa resulta la des-

cripción que Barreiro Fernández ofrece de las **partidas** y su escasa unidad operativa. Rayando en ocasiones con lo anecdótico, el autor rastrea numerosas acciones guerrilleras y, siempre que la exigua documentación se lo permite, se detiene a analizar la composición sociológica de las mismas: las procedencias de clase de los guerrilleros, con la incrustación del elemento «mercenario» campesino, no hacen sino confirmar la estrecha vinculación del carlismo gallego con los intereses que el Antiguo Régimen representaba.

Sin ser, lógicamente, definitiva e indiscutible, esta aportación —por su gran riqueza documental, las importantes pautas interpretativas, el entusiasmo vertido en la investigación— se convertirá en obligado punto de partida para todo futuro estudioso de nuestra Historia Contemporánea. ■ **FERNANDO SALGADO.**

AL-ANDALUS: HACE MIL AÑOS

Pierre Guichard es hoy «maitre-assistant» en el departamento de Historia Medieval de la Universidad de Lyon II. Becario de la Casa de Velázquez de Madrid entre 1967 y 1969, dedicó esos años al estudio de nuestro medioevo, sobre todo en la región valenciana. Ahora aparece la versión castellana de su libro «**Tribus arabs et berberes en Al-Andalus**» («**Al-Andalus, estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente**», Barral Editores, Barcelona, 1976). Son más de seiscientas páginas de un trabajo que, según su autor, «intenta situarse en los mismos orígenes de la sociedad y la civilización andalusíes para poner de relieve algunas de las diferencias que la separan de las sociedades cristianas del norte de la Península con las que tendrá que confrontarse». Estas diferencias harían su tesis divergente de la sostenida por Sánchez Albornoz con su idea de la identidad estructural entre ambas sociedades. Y el examen de la realidad ofrecida por las sociedades del sur lo hace Guichard esta-



bleciendo modelos de las estructuras sociales de tipo occidental y oriental y comparando ambos con la realidad social andalusí.

Frente a esas hipótesis de autores que como Sánchez Albornoz proclaman que «lo arábigo cultural y vital hubo por tanto de ser insignificante durante décadas y décadas, en una España de raza, de vida y de cultura occidentales» o de otros que incluso llegan a negar el hecho mismo de la invasión del año 711, Guichard estima que las persistencias premusulmanas en la España musulmana son tan notablemente discretas que ha sido precisa toda la erudición de los historiadores modernos para percibir las. Esto, por un lado, como respuesta a la afirmación de Albornoz de que «durante siglos, los peninsulares vivieron fuertemente enraizados en su pasado premusulmán». Por otro, en lo que hace referencia al reducido número y hasta la inexistencia de invasores, Guichard cree que es una idea que debe ser objeto de una seria revisión. El hecho de que la mujer de la sociedad andalusí gozara de mayor libertad que las del resto del Islám, o de que el vino fuera objeto de consumo más frecuente, no deben llevar a conclusiones apresuradas.

El autor divide su trabajo en dos partes. Una primera en la que trata las «estructuras sociales elementales», con el estudio de la organización del parentesco y la situación de la mujer. Otra segunda referida a los grupos étnicos, a las tribus y clanes en la España musulmana. ■ **V. M. R.**

(2) No hace mucho tiempo que Luis Galiano remachaba esta idea, en TIEMPO DE HISTORIA número 22, al comentar un libro del profesor Albadalejo sobre el Antiguo Régimen en Guipúzcoa.